

EL DIABLO A LA VISTA

ESTABAMOS tranquilamente jugando, sin ninguna preocupación importante, cuando oímos el "claxon" del coche. Digo del coche porque para nosotros era el único coche digno de mirarse y de tener en consideración. Era un magnífico automóvil, propiedad de un veraneante, que no me acuerdo de donde procedía. Durante el invierno apenas si veíamos coches. Teníamos que ir a la carretera si queríamos ver pasar alguno; pero en verano habría varios por la playa y sobre todo este que digo. Pasó, con la admiración de todos nosotros, majestuoso, hacia su garaje particular, en la parte trasera del chalet donde veraneaba su dueño.

Nos ensartamos en una discusión sobre cuánto correría aquel coche. Todos coincidíamos en que mucho, pero uno de nosotros dijo que las motos de los policías de tráfico corrían más. En aquellos días eran nuestra debilidad. Habíamos visto algunos de estos motoristas por la carretera a grandes velocidades y nuestra aspiración era ser unos grandes motoristas en el día de mañana. Hacia unos días, a ese mismo coche que admirábamos tanto, le habían puesto una multa, aunque según decía uno, no era porque corriera más o menos sino porque llevaban pistola y si el coche no se paraba le tiraban a las ruedas. Ellos no fallaban nunca y el coche se caía a la cuneta. A mí me impresionó aquello. Realmente eran unos tíos grandes los motoristas aquellos.

¿Por qué razón cuando somos pequeños nos gustan tanto las armas de fuego? ¿Acaso porque las usan los mayores? ¿Tal vez por esa especie de ímpetu de fuerza juvenil que se traduce casi siempre en destrucción? No sé, a mí me gustaban como a todos mis compañeros. Mi padre tenía un fusil que él llamaba "mosquetón" y una pistola. Sólo las podía ver a distancia. Por mucho que me fascinaran, siempre me causaban miedo, además del que me causaba mi padre. Me acuerdo que un día me dijo con



voz colérica que si volvía a tocar el fusil me daba un bofetón que me ponía la cara del revés. Yo no comprendí tanta indignación. ¡Pero si ni siquiera llegué a coger el fusil! Tan sólo lo había rozado con la punta de los dedos acariciándolo.

—Pero papá—le dije—está descargado, ¿no?

—Las armas las carga el diablo—fué toda su contestación.

Desde entonces no volví a coger ni a tocar ninguna de las armas que tenía mi padre, como he dicho antes por temor a las armas y a mi padre. Pero me había hecho una pistola de madera de la que estaba orgulloso. Decían mis compañeros que parecía de verdad. Con ella jugaba a policías y ladrones y casi no se separaba de mi lado. La pinté cuidadosamente y éramos como carne y uña. ¿Que pasaban pájaros?, les tiraba y aunque seguían volando, la verdad es que no se sabía bien si era porque no les pegaba o porque tenían miedo. Con ella asusté a los perros y gatos que caían bajo mi jurisdicción visual, haciéndoles correr, aunque ayudado de los correspondientes pedruscos. Estoy seguro de que mis compañeros me envidiaban bastante.

Una tarde nos fuimos, mi amigo Salvador y yo sin rumbo fijo, a merodear por los alrededores del cuartel. Cuando nos dimos cuenta, estábamos metidos en la carretera. La carretera, no sé si lo he dicho antes, estaba muy cerca de nuestras casas, desde donde se oían los ruidos de los camiones. Ibamos los dos bastante serios. Yo llevaba mi pistola recién pintada con tinta, en el bolsillo. Nos sentamos en una pared de medio metro de alta que nos servía de banco y que era el límite entre la carretera y la tierra de huerta. Aquella parte se llamaba "el Basot". La carretera hacía allí una curva peligrosa de cerca de noventa grados y los coches tenían que frenar para dar la vuelta, normalmente.

Empezamos a charlar. Pasaron unas bicicletas, un carro y nosotros seguíamos hablando. A lo lejos oí el sonido inconfundible de un coche de línea que hacía el trayecto Alicante-Valencia y que pasaba siempre a la misma hora. No sé porqué salté de la pared y me acurruqué dentro de la cuneta. Yo creía que desde mi escondrijo no me vería nadie. Casi al momento estaba Salvador a mi lado.

El autobús se acercaba a gran velocidad. Era impresionante verlo acercarse desde allí, agazapados en la cuneta. Parecía un monstruo que se nos echaba encima. ¿Es que nos había visto? Las ruedas parecieron tomar caminos divergentes pues cada vez se abrían más y se salían de los



límites del asfaltado, abrazando ya toda la carretera. Se ños echaba encima y cerré los ojos con susto pensando en morir aplastado. Casi no me daba cuenta de que tenía mi pistola en la mano y, sin embargo, instintivamente empecé a disparar. ¡Pum, pum, pum! El ruido infernal del coche me llenaba la cabeza y el olor a aceite pesado y el humo que se escapaba por el tubo de escape me envolvían como al soldado en la batalla. Salí corriendo de la cuneta. ¡Pum, pum, pum! No sé cuantos tiros disparé, muchos más de las balas que un soldado podía disponer en sus cartucheras. Estaba excitadísimo contra aquel enemigo que se alejaba llevándose tras sí el ruido infernal, el aceite pesado y el humo. Por un momento deseé que siguiera la lucha. ¡Pum, pum, pum! Pero en el momento de coger la curva, se oyeron chirriar las ruedas. El coche hizo un vaivén extraño y se precipitó de cabeza sobre el camino, dió una vuelta de campana y quedó empotrado de lado, entre los naranjos del huerto que lindaba con el camino.

Después del ruido impresionante del vuelco, de los cristales rotos, quedó todo en silencio. Se me escapó como por ensalmo todo mi ardor bélico. Hubo un momento impresionante en que me parecía que todo el universo se había callado acusándome con su silencio. Yo oía a mi corazón latir y el temblor empezaba a subirme rápidamente desde los pies hacia arriba. No podía pensar en nada. Miré a mi amigo. Estaba blanco como la pared. Se oyeron gemidos y más cristales rotos. Miré mi pistola, pintada de negro con tinta, que aún apretaba en mi mano sin comprender nada. Pero me pareció que ya no era mi amiga. No sé porqué me daba miedo. Entonces oí claramente una voz familiar en mis oídos: "las armas las carga el diablo".

Todo mi cuerpo temblaba. Tiré la pistola al suelo y eché a correr. No sé si me seguía Salvador; dudo que pudiera hacerlo. Por entre las cepas, atravesando sembrados, por el camino más recto, corría con toda la fuerza de mis pulmones. Tenía la sensación de que el demonio me soplabá en el cogote y que me cogería de un momento a otro. No sé como pude llegar a casa, pero llegué y me agarré como un náufrago a las piernas de mi madre que estaba por allí trajinando. Ella me dijo:

—Venga, quitate de en medio que tengo prisa, tu padre viene y si no están las cosas hechas me riñe.

Yo no la dejé ni un momento, haciendo lo que ella hacía, como si de pronto me hubiera convertido en un mono.

